

DISCURSO HOMENAJE A “BLASILLO” EL BARBERO

En primer lugar me complace expresar unas breves palabras de agradecimiento al Sr. Alcalde y a la Corporación Municipal de Vélez Blanco, por el buen acuerdo que han tenido al reconocer el digno homenaje que se le hace a mi querido maestro Blas Pérez Gázquez.

En el XI encuentro de personas mayores de la Comarca de Los Vélez, llamar maestro al entrañable y conocido “Blasillo” es un honor como persona y me honra a la vez por ser uno de sus discípulos.

Es más que mi maestro, ha sido también compañero de trabajo y espejo donde siempre me he mirado. Sobre todo por su bondad, su alegre sonrisa, profesionalidad y buen hacer. Esas cualidades, que Dios le asigna al ser humano, son las que han hecho que “Blasillo” sea querido y apreciado por todos sus parroquianos.

Personalmente es algo especial y públicamente, así lo quiero demostrar.

Recuerdo aquellos años, cuando comencé de aprendiz en su propia barbería y recibía sus amables y buenos consejos, enseñándome a enjabonar y me explicaba muy bien como tenía que manejar todos los artes de afeitar y de pelar. Es cierto que era algo complicado enseñar a un alumno, porque todos los clientes no estaban siempre dispuestos para que un principiante comenzara a usar la navaja barbera y cortar el pelo a lo “guasón”.

La forma de tratar y atender al público durante 50 años, ha sido algo extraordinario. Con su carácter alegre siempre estaba dispuesto para trabajar y relatar a cada instante su variado repertorio de chascarrillos y risas acompañadas a la vez de agradables tertulias que convertían la barbería en un lugar de comunicación entre vecinos, donde se terminaban las prisas.

Algunas personas, es posible que recuerden aquellos años en los que “Blasillo” también era otro de los trajinantes que vivían y se ganaban la vida caminando por el campo.

Ejercía su modesto oficio de barbero, atendiendo la clientela dos días por semana y cada parroquiano le compensaba la iguala media fanega de trigo al año, con la condición de ir en ocasiones para afeitar al pastor con el rebaño de ganado en la “majá” o el mulero arando en la vesana.

Fiel cumplidor de su trabajo, tenía que soportar todas las inclemencias del tiempo, salía del pueblo con el morral colgado a la espalda, la cantimplora con agua y una gallá en la mano que le servía de apoyo al caminar. Acostumbraba madrugar aprovechando

bien la mañana para llevar a cabo su largo recorrido, teniendo que afeitar los primeros clientes a la luz del candil y trasnochando en las distintas “cortijás”, en las que había un mayor número de familias.

Antes de llegar a la puerta de cada cortijo, el barbero casi siempre era objeto de un escandaloso recibimiento por parte de los perros que tenían a cargo su libre vigilancia, incluso le salían al camino.

¡Qué manera de ladrar con gesto amenazador!

Es cierto que los últimos metros de la placeta los tenía que recorrer con precaución y protegía sus piernas con la gallá, la cual hacía girar a su alrededor.

Semana tras semana y año tras año, así realizaba su recorrido y se ganaba el sustento familiar.

Todos los vecinos del pueblo y del campo, han disfrutado de su buen hacer y yo especialmente he recibido sus sabios consejos, y también he disfrutado de su amistad. En este caso el tiempo siempre es justo y generoso, hace justicia a las personas emprendedoras y premia las buenas labores humanas.

¡Muchas gracias Maestro por todo lo que hiciste en tu vida!

Diego Iglesias Cabrera.

Vélez Blanco 17 de Octubre de 2009